Cuando la musica suena

Jorunn Verden

Capítulo 1

Ella estaba en posición abrazando sus rodillas, sudando, sintiendo terribles escalofríos, levantaba la cabeza para mirar frenéticamente por toda su habitación, se mordía las rodillas, se mecía a una velocidad desesperante, en su cabeza solo resonaban violines, quería que el sonido se acabara, no quería escuchar nada, su cuerpo estaba ardiendo, se levantó y se dispuso a desnudarse, los violines seguían sonando, todo a su alrededor se volvía luminoso, la voz comenzó a cantar con una voz angelical, su cabeza resonaba, ella no dejaba de temblar, y comenzó a dar vueltas sobre su propio eje, sosteniendo su cabeza con ambas manos, moviéndolas de arriba abajo, maltratando su cabello; su cuerpo quemaba, no veía nada más que luz, y no podía escuchar ni siquiera sus propios gritos, solo la música de los violines acompañadas por la melodiosa voz de aquel tenor. De pronto, vio su cama, quiso recostarse, pero no calmaba sus ansias, su calor, su frenesí, solo logro ponerse de rodillas frente a la cama y comenzar a golpear su cabeza contra ella, mientras continuaba gritando, pero ella no lograba escuchar más que esa hermosa música. Se levantó de esa posición dando tumbos y vueltas, el canto elevó su volumen y ella se dirigió a estrellarse contra la pared, de pronto las cuatro paredes de su habitación eran muros en los que ella rebotaba, rasguñando se cuerpo desnudo y arrancándose el cabello. De pronto, al fin la luz blanca "se apagó" y su vista contempló su ventana, la música comenzó a disminuir su volumen, bajo su mirada y admiró como su cuerpo su iluminaba.

El reloj marcaba treinta minutos para la media noche, la mujer se dirigió hacia su ventana, su cuerpo iluminaba todo a su paso... La ciudad no era la misma, la noche era silenciosa y todo parecía tan tranquilo, tan… Sin música. La mujer admiraba con sus brillantes ojos a la ciudad, estaba preparada, la ocasión que tanto estaba esperando había llegado, la ciudad dormía, o más bien, se mantenía pasiva, los millones de pobladores se encontraban en un estado de parsimonia. Ella abrió la ventana, asomó la cabeza y el sonido de la oscuridad tocaba en sus oídos como la más bella de las sinfonías. Cerró sus ojos.

Justo bajo su ventana se encontraba un vagabundo, reposando tranquilamente, lamentándose por la vida que había decidido llevar, su áspera y sucia barba cubría su cuello, y era acompañada por una melena enmarañada con rastas hechas por su natural suciedad. Él se encontraba dormitando, siempre arrullado por la luz de la luna, cubierto por sus andrajosas ropas, apestosas por sus propios desechos, un olor repugnante para cualquier persona que no sea él. Cuando de pronto escuchó que la venta justo arriba de su cabeza, a unos tres pisos, se abrió; contempló por vez primera el rostro más bello que su triste existencia y llena de vicios jamás haya contemplado, una mujer de cabello dorado, el vago juraría que la longitud del mismo era de más de un metro, pues lo vio suelto, por encima de él. Algo en esa mujer lo encandilaba, pareciera que

brillase con luz propia, él quedo pasmado. Repentinamente, la mujer, mostrando la más tétrica de las sonrisas, se tiró por la ventana... El vagabundo contempló horrorizado como aquel "ángel" caía de la ventana, ni siquiera parpadeo una sola vez, su cabeza siguió la caída de la mujer, el tiempo parecía estar muy lento durante la caída de “su ángel”, todo el acto venía acompañado por un *Requiem de Mozart* en su cabeza, era lo más horrible y hermoso a la vez que sus ojos hayan visto jamás… Hasta que todo recobró su velocidad habitual y aquel cuerpo que veía se estrelló contra el frío y duro pavimento, la primera parte de la “mujer de luz” que tocó el suelo fue la cabeza, que, al romperse el cuello, quedo justo en dirección al vago, como si hubiera querido dar un cordial saludo al espectador de su más grande espectáculo. El cuerpo terminó estrellándose sobre el pavimento culminando el concierto de huesos rotos, con un sonido de reses siendo azotadas con una inmensa tabla. El vagabundo no logró cerrar sus ojos, todo en él estaba quieto, incluso su corazón.

A la mañana siguiente, el equipo médico del manicomio Thomas Yandex, se enteró de que una de sus pacientes, ex violinista de la orquesta filarmónica de su ciudad, se había escapado por la tarde y tras llegar a su antiguo departamento, al que entró convenciendo al portero del edificio de su repentina sanidad, experimentó un ataque de obsesión y se arrojó por la ventana. Un espectador, al parecer un indigente observó la escena y sufrió un infarto fulminante que acabó con su existencia. El equipo médico se lamentó de tal suceso, pero en el fondo lo agradecían, esa mujer realmente brillaba cuando le daban sus ataques.